

quejas porque en breves días habían perdido cinco bueyes. Conferencé con el jefe del puesto militar de Naraingunge, bravo mozo, que conocía de cerca las tretas de la feroz alimaña, y convenimos en darle una batida al día siguiente.

La comitiva se componía de cinco elefantes, con sus correspondientes *cornacs*; y, caballeros sobre ellos, íbamos cinco cazadores, seguidos de algunos indígenas á pie.

Los exploradores penetraron en los junglares en que el tigre tenía su guarida.

Vanas fueron durante mucho tiempo sus pesquisas, y sólo faltaba explorar lo más intrincado y espeso de aquellas malezas y mar de verdura. Silbamos á los perros para darles aliento para que avanzaran; pero permanecieron quietos como estatuas, lanzando sordos é inquietos gemidos.

Uno de mis criados trepó á lo alto de uno de los árboles, y, entre las cortinas de lianas y enredaderas que enlazaban amorosamente los árboles y arbustos, procuró escudriñar los junglares. Nada veía, y se disponía ya á bñjar de su mirador cuando de repente gritó:

—¡Un tigre, un tigre! ¡alerta!

Oír estas voces y los rugidos de la fiera á la vez, fué obra de un instante.

Apareció á nuestra vista el felino, de hermosa y reluciente piel, las orejas levantadas, y mostrando sus dientes, blancos como el marfil.

Mr. Janson, jefe militar, disparó á una distancia de unos treinta pasos. La bala hirió al felino, que, dando un salto atrás, penetró de nuevo en los junglares.

Llamé á algunos exploradores, armados con tajantes hachas, para que me abriesen paso entre las glagas y espinas de los junglares. Impaciente, preso de este

calor venatorio que sólo pueden comprender los devotos de San Huberto, avancé hacia la espesura, desgarrándome las carnes y vestidos. El tigre, que me espiaba oculto tras de una maleza, se lanzó sobre mí, derribándome al suelo.

¡Terrible escena! La cabeza del felino estaba junto á la mía; sus feroces pupilas fijas en mis ojos; sus fauces sanguinolentas echando espumarajos de rabia; y sus garras se hundían en mis carnes.

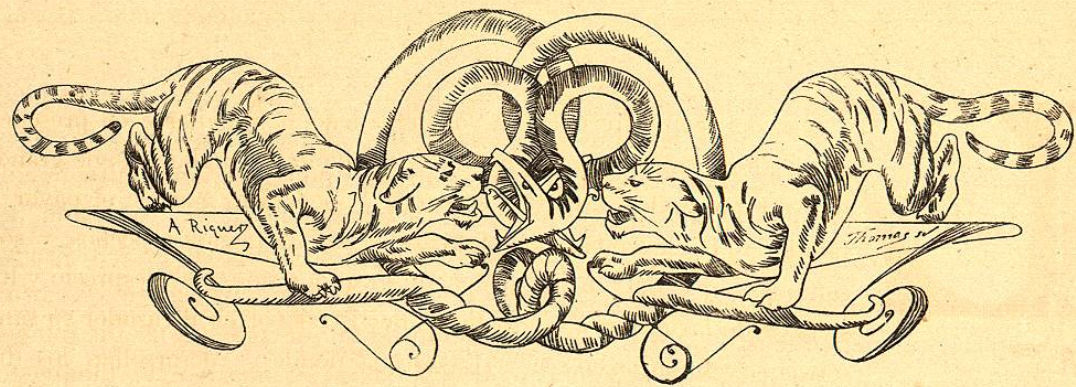
Cerré los ojos, pensando en Dios, en mi patria y en los seres queridos que había hallado durante mi peregrinación por la tierra; pues mi muerte era segura.

Por fortuna, Mr. Janson, dueño de sí, con el mayor arrojo y valor, apuntó friamente, esperando el momento de poder disparar sin herirme. Pero los momentos eran críticos, y no podía aguardar; disparó, y la bala, atravesando el cráneo de la fiera, la hirió mortalmente. El tigre dió un terrible salto, y volvió á caer en el suelo, presa de las convulsiones de la agonía.

Mis compañeros acudieron á levantarme y á socorrerme; felizmente sólo había recibido algunos rasguños y una ligera herida en el cuello, de la que sané al cabo de una semana.

Mis compañeros me prodigaron los cuidados más cariñosos, y conservo de ellos el más grato recuerdo.

Los lectores que quieran relaciones detalladas y abundosos datos sobre la caza del tigre, han de consultar la *Caza del tigre en la India*, de Rice (*Tiger Shooting in India*); las *Altas mesetas de la India Central*, de Forsyth (*Highlands of Central India*); *La grande y pequeña Caza de Bengala*, de Baldwin (*Large and Small Game of Bengal*); Sconi et Sauderson, *Trece años en medio de los animales salvajes de la India* (*Thirteen Years amongst the Wild Beast of India*).

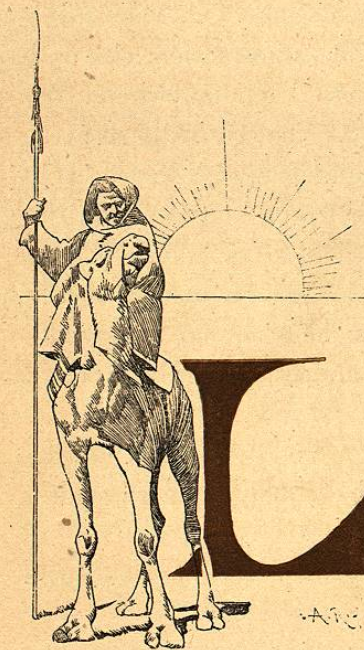


### CAPÍTULO III

#### CAZA DEL LEÓN

EL LEÓN DESCRITO POR LOS MÁS CÉLEBRES CAZADORES

I



LA caza del león ofrece al cazador grandes peligros y peripecias. La fábula y la leyenda, contadas lejos del desierto y de las grandes selvas, se complacen en adornar al león de grandeza y generosidad; pero el árabe ó el cazador perdido en aquellas inmensas soledades, al oír los terribles rugidos que semejan de lejos

Foto II.—Caza mayor y menor

la voz del trueno, ó al hallarse en presencia del *Señor* (como le apellidan los indígenas) de grandes melenas, y aceradas y poderosas garras, el pavor y el miedo señorean los más esforzados pechos, y sólo un gran valor, un gran dominio, y el desprecio y lucha con los peligros pueden devolver al cazador su sangre fría.

La escena donde se desarrollan los dramas ó mejores poemas venatorios de la caza del león son el África y el Asia.

Un tiempo hubo en que abundó el león en la Euro-

11

pa oriental (Turquía Europea), en Grecia, desde el río Nestus, cerca de Abdese; en Tracia, hasta el Aquedo; en la Acarnania, y en los montes que separan la Macedonia de la Tesalia. En Asia, sobre todo en las comarcas situadas entre la India y la Persia, y en las orillas del Ganges.

Las narraciones de la Antigüedad atestiguan el número de felinos que poblaban aquellas comarcas. Aprisionados vivos, eran conducidos á Roma á centenares; y en el circo luchaban, mataban y sucumbían.

El león berberisco vagaba antes por toda la parte oriental norte del África y abundaba por igual en Egipto, Túnez y Marruecos.

El naturalista apellida león á la grande especie felina cuya piel no tiene rayas ni manchas, y distingue el león con melena del Antiguo Mundo del puma ó león plateado, sin melena, del Nuevo Mundo. Del primero, geográficamente considerado, se conocen muchas variedades: el león berberisco del norte de África, de fuerte y flexible melena alrededor del cuello y cabeza, y bigotes oscuros; el león del Senegal; del centro del África, de más ligera melena, distinto del anterior por la falta de bigotes; el león del Cabo, de oscura melena alrededor de la cabeza, y que habita principalmente en el África meridional; el león pérsico, con melena parda y negra, que corretea desde la Persia hasta la India; y el león de Guzarate, casi sin melena, que se halla en Guzarate, aunque sea verosímil que habite otras regiones del sur del Asia. El más notable es el berberisco, y el mayor el del Cabo.

El crecimiento de las poblaciones, y las conquistas de la civilización, arrojan cada día más lejos al león, y hoy no se le encuentra en el valle inferior del Nilo, ni en casi ninguna comarca del litoral del Mediterráneo. Existe el león en Berbería, en Argel, Marruecos, y en el Ferraz; pero es perseguido sin tregua ni descanso.

La morada favorita del león de Berbería son los valles frondosos, regados por los ríos; y rara vez sienta sus reales en lo alto de las montañas.

El león ofrece un aspecto majestuoso, característico, que le ha valido el nombre de *Rey de los animales*; cuando el león se apresta á la pelea, contrae todos sus músculos faciales, disminuye la superficie de su cara, desprovista de pelo, y dilata la melena protectora. Aparecen entonces ciertas hinchazones pronunciadas y ásperas de la piel, semejando por su aspecto manoplas contrapunteadas de esgrima. Húndense los ojos entre esas protuberancias, así como las fosas nasales y la parte superior de los labios, cubiertas de espesos

bigotes. Cuando se contraen, formando una especie de cojinetes al abrir las fauces, se trasforman en dos poderosos aparatos elásticos para dar salida á sus horribles bufidos.

Tan singular disposición, que no se encuentra en ningún cuadrúpedo, presta á su rostro, cuando descansa, ese rasgo profundamente característico, ese modelado que recuerda el rostro humano, y que nuestros artistas reproducen magistralmente. El distintivo de nuestro rostro consiste en su modelado, de extraordinario desarrollo, por la prominencia de la nariz y la extensión de sus músculos faciales, y por la incesante movilidad de su conjunto, de cuya circunstancia participan también, no sólo los monos más semejantes al hombre, sino el león macho.

La feroz alimaña tiene, además, otra singular ventaja. Su cabeza monstruosa, protegida por el algodónado, su dura osamenta y su melena, también monstruosa, constituyen juntos un escudo bastante espacioso para que el cuerpo entero del león se resguarde á su abrigo. Lo cual, por cierto, es tanto más útil cuanto que la mitad posterior del mismo es mucho más débil, comparada con la anterior.

Con estas armas defensivas concurren después las ofensivas; esto es, además de sus fauces, sus colosales garras delanteras, semejantes á los puños de un perfecto boxeador ó atleta, sólo que, en vez de anillos, están provistas de uñas agudas.

El león macho nos ofrece, pues, la imagen del más acabado guerrero, y tanto más cuanto ha de pelear con otros adalides, en todo semejantes á él. Tales mañas son propias de su género de alimentación, esto es, le sirven para vencer á su presa, bien que parezcan destinadas con preferencia á la lucha con sus iguales.

Los daños y destrozos causados por el león en Argelia, hubo un tiempo que fueron considerables. Hoy que, merced á la civilización, se va poblando aquel territorio, introduciendo cada día nuevas avanzadas y puestos militares, aquellos daños no son tan grandes, y de ninguna suerte comparables con los que causa el tigre en la India.

La administración francesa no descuida la destrucción de las alimañas salvajes, y otorga, como premio, á los cazadores:

De 40 á 60 francos por cada león, leona ó pantera adultos.

15 francos los cachorros y panteras jóvenes.

5 » por las hienas.

Y 1'50 á 2 francos por los chacales.

Hé aquí algunos datos estadísticos curiosos, sacados

de documentos oficiales, del número de alimañas feroces cazadas en las colonias africanas y francesas durante los años 1873 á 1877:

CATEGORÍAS	AÑOS					TOTAL
	1873	1874	1875	1876	1877	
Leones . . . . .	7	9	9	16	12	53
Leonas . . . . .	3	14	12	11	9	49
Cachorros . . . . .	1	»	1	5	2	9
Panteras . . . . .	91	93	109	111	126	530
Id. pequeñas . . . . .	8	9	8	3	17	45
Hienas . . . . .	220	200	217	194	241	1,072
Chacales . . . . .	2,528	2,773	2,916	3,648	2,919	14,784
TOTAL . . . . .	2,858	3,098	3,272	3,988	3,326	16,542

Constantina es la provincia argelina más llena de bosques, y la más abundante en leones y panteras, según los datos estadísticos de 1873-77:

	PROVINCIAS			TOTAL
	Argel	Orán	Constantina	
Leones, leonas y cachorros . . . . .	19	»	92	111
Panteras . . . . .	113	62	400	575
Hienas . . . . .	208	786	78	1,072
Chacales . . . . .	6,596	7,146	1,042	14,784
TOTAL . . . . .	6,936	7,994	1,612	16,542

El gobierno francés no despilfarra, por cierto, al ceder tan mísero galardón; pero es tal la pobreza de los árabes, que un puñado de francos se les antoja casi un tesoro. Por lo que atañe al cazador europeo, se contenta con la gloria que le proporcionan tales empresas venatorias, ó bien pelea por necesidad y propia defensa.

Los premios han sido suprimidos por el Consejo General del departamento de Argel; pero subsisten en los de Orán y Constantina.

Los premios pagados en 1881 han ascendido á 5,512 francos, y en 1882 á 2,751 francos. Durante estos dos años se dió muerte á 4 leones y 6 leonas en la provincia de Constantina; 119 panteras (63 en la propia región), 3 pequeñas panteras, 196 hienas y 1,969 chacales entre los tres departamentos argelinos.

Los bosques frondosos de enormes cedros, las gran-

des hondonadas tapizadas de matorrales de cactus y espinos, son sitios apropiados para guarida de los leones.

La vegetación varía según las zonas africanas; pero el árbol que crece en abundancia en aquel suelo, y le da característica fisonomía, es la palmera.

La poesía árabe ha hecho de la gentil palmera un ser animado por el soplo divino el día sexto de la Creación.

Los habitantes del Sahara llaman á la palmera, en su galano lenguaje, «*Rey del oasis*, que sumerge sus pies en el agua y levanta la cabeza hacia el fuego del cielo.» La ciencia consagra, hasta cierto punto, semejante aforismo, porque para que sazonen y sean ricos y dulces los dátiles necesita acumular durante ocho meses un calor de 5,100 grados. Un oasis de palmeras es un verdadero paraíso en la ardorosa inmensidad del desierto.

Mr. Mastoux, en su viaje por el Sahara oriental, describe el escenario de las cacerías del león con frases llenas de colorido.

«Aparecía á mi vista el desierto sin límites; sólo el Sol, suspendido cual rojo fanal en el horizonte, parecía vivo en medio de una naturaleza inanimada. De repente vi las altas ramas de las palmeras, sin los troncos, formando en los espejismos del desierto una arrobadora ilusión de un mar de verdura de diversos cambiantes y matices. La caravana se detuvo junto á un pozo, alto habitual de los peregrinos. Corrí presuroso hacia las palmeras; y á medida que me acercaba se destacaban los gruesos troncos, sepultados en la arena, á guisa de gruesas columnas de un templo egipcio, ó bien de una mezquita mora. Por la noche, aquellas bóvedas de los palmerales inspiraban hondo respeto y admiración; aquellos árboles, inmóviles y majestuosos, sepultados en la arena, eran la imagen de la civilización árabe, inmóvil en medio de la evolución inquieta y agitada de los países europeos.»

En aquellos bosques de palmeras, rugen los leones, formando un concierto que llena de pavor el alma de firmísimo temple.

Los bosques de cedros y encinas del Atlas, donde anidan grandes aves de rapiña, son también guaridas de animales feroces, como leones, panteras y chacales. Mr. Ch. Martins, en su viaje por el Sahara oriental (1), pinta con mano maestra aquellos soberbios árboles. Las más frondosas selvas de cedros adornan las crestas y tapizan las gargantas del Chellalah, cerca de Batua;

(1) *Revue des Deux Mondes* (15 Enero 1864).